

# UN LIVINGSTONE VASCO

Monseñor Francisco Irazola, O. F. M.  
(1869-1945)

por

Fray Pedro de Anasagasti

*A Don Manuel Laborde*

## UNA FICHA FRIA

En junio de 1935 la atención de los círculos cultos de Lima se había concentrado en un explorador: había logrado penetrar entre los feroces Campas. Temían con razón que no saliera de allí. Un corresponsal de la United Press se hacía eco del sentir del pueblo: "fieles noticias procedentes de Puerto Ocopa dan a saber que hace ya unos quince días, Monseñor Irazola, Vicario de las Misiones del Ucayali, se halla internado con otros misioneros del Convento de Ocopa, en el Gran Pajonal. Cuando salga Monseñor Irazola, si es que puede salir..." El explorador era un franciscano vizcaíno cuya silueta tratamos de diseñar con la mayor brevedad posible.

Abordemos su pecho lleno de entorchados: Socio corresponsal de la Sociedad Geográfica de Lima, en 1920. En 1924, con motivo del IV Centenario de Ayacucho, el Municipio capital del Perú le concede una Medalla de Oro. El Gobierno de la República Peruana, en 1925, la Condecoración de la Orden del Sol en el grado de Comendador, es decir, la suprema condecoración nacional. Y es el Municipio peruano de Iquitos el que, en 1942, con motivo del IV Centenario del descubrimiento del río Amazonas por el valiente español Francisco de Orellana en un fantástico viaje fluvial de ocho meses, le dedica un significativo diploma. Pero no son tan sólo las autoridades civiles las que recompensan su ignorada actividad: en 1925, la Santa Sede le honra con la "Medaglia de Benemerenzza" con ocasión de la Exposición Universal de Misiones.

Tengo ante mí una fotografía suya. Junto a la Cruz pectoral penden la Medalla de Oro y la Gran Cruz de Comendador. Pero quien supo ganar tenazmente tales distinciones no sabe lucirlas. Se encuentra como vendido, ya que pugnan con su espíritu antiexhibicionista y amigo de trabajar por ideales más nobles.



Monseñor Francisco Irazola. Al fondo el Convento de Ocopa (Perú), madre de intrépidos misioneros exploradores.

Monseñor Francisco Irazola fué un enamorado de la selva y de sus salvajes moradores. Bajo la frente altiva de nuestro Udalaitz, en el señorial Elorrio, nació el 29 de septiembre de 1869. Sería un apóstol gigante como el Udalaitz que se empina dominando el paradisiaco valle del Duranguesado, y un obrero humilde, como humilde era la condición de su hogar. De su paisano el Beato Valentín de Berriochoa heredó las ansias apostólicas; de su cuna, el amor al paisaje y al campo; de la piedad de su ambiente natal, la compasión hacia los miserables y el vértigo del encumbramiento humano.

A los 14 años es lo suficientemente valiente para dar un adiós

a su pueblo natal, a su familia y a todo ese complejo de amores, emociones e intereses que labran la patria. Surca el mar y, de mano de un heroico misionero mutilado el franciscano P. Sanz, es conducido al Perú, que constituirá el escenario de su santidad y de apostolado benemérito en pro de la cultura.

En 1895 recibe la ordenación sacerdotal. Sin tiempo a contener sus ansias de contacto con la selva necesitada de apóstoles, el mismo año inicia su labor misionera en San Luis de Shuaro. Es su ilusión de llegar hasta el corazón de las más feroces tribus la que le mueve a renunciar más tarde a su cargo de Guardián de Ocopa para volar a la Misión del Apurímac. En 1912 realiza una fantástica y arriesgada expedición al Ené, Perené y Pangoa, en medio de tribus que lo mismo despellejan un plátano que un cráneo humano. El 28 de enero de 1913 es nombrado Prefecto Apostólico. Elevada la Prefectura a la categoría de Vicariato Apostólico, en julio de 1925 es nombrado su Primer Vicario. El 7 de febrero de 1926 es consagrado Obispo. El 3 de diciembre de 1939, al cumplir sus 70 años, renuncia a su cargo para volver libremente a sus excursiones apostólicas por los inextricables bosques del Ucayali. Muere el 12 de julio de 1945.

En ficha personal, fría y esquelética, hemos señalado los más destacados jalones de una vida digna de más amplio estudio. El carácter del presente trabajo nos obliga a esbozar tan solamente un aspecto de su actividad: su labor etnológica y etnográfica, y su contribución a la geografía del Perú.

### HUMILDAD IMPERDONABLE

El Excmo. P. Buenaventura Uriarte, franciscano vizcaíno y sucesor del P. Irazola en el Vicariato Apostólico del Ucayali, escribe: "Otra cosa que repugnaba en sumo grado a Monseñor Irazola es el escribir. Así como le gustaba el hacer, así parece que tenía a menos o *lo juzgaba como de menos valer* el escribir, haciéndolo a más no poder y constreñido por la necesidad o por mandato de la obediencia. Este su criterio o modo de ser *de que solo Dios y su conciencia fueran los testigos de sus buenas obras*, le trajeron más de un dolor de cabeza, porque el mundo y sobre todo en nuestros tiempos, se paga de los escritos, o sea, de la propaganda más que de los hechos." (1)

(1) URIARTE (Monseñor Buenaventura) O. F. M. «In Memoriam». Carta Pastoral de S. E. Mons..... con motivo de la muerte del Excmo. y Réverendísimo Mons. Fr. Francisco Irazola, O. F. M., Obispo Titular de Flavia y Primer Vicario Apostólico de San Francisco Solano del Ucayali, pág. 8.

Maş digamos que no es sólo el mundo el que exige las crónicas: es la historia y el honor de la Iglesia. A los hechos bien apuntalados no pueden herir las venenosas flechas de los detractores de la Iglesia; el Excmo. P. Uriarte bien sabe en cuántas ocasiones, sin salir del mismo Perú, plumas ligeras y baratas, al servicio de la denigración, trataron de desvirtuar las hazañas de los misioneros o de transferir su paternidad a otros materialistas. Es hora de cerrar el camino a la mala fe.

Este santo defecto de Monseñor Irazola, tan garrafal para los historiadores, nos impide seguir paso a paso sus reacciones ante la selva, cara a lo desconocido, entre tribus de amistad utilitarista, sus fracasos interiores, sus ensueños realizados y los no alcanzados, sus valiosos conocimientos experimentales de la jungla, de su flora y fauna, de la climatología y de la idiosincrasia de los pueblos por él evangelizados.

Hecha esta salvedad, estudiaremos las tres principales realizaciones de Monseñor Irazola como explorador.

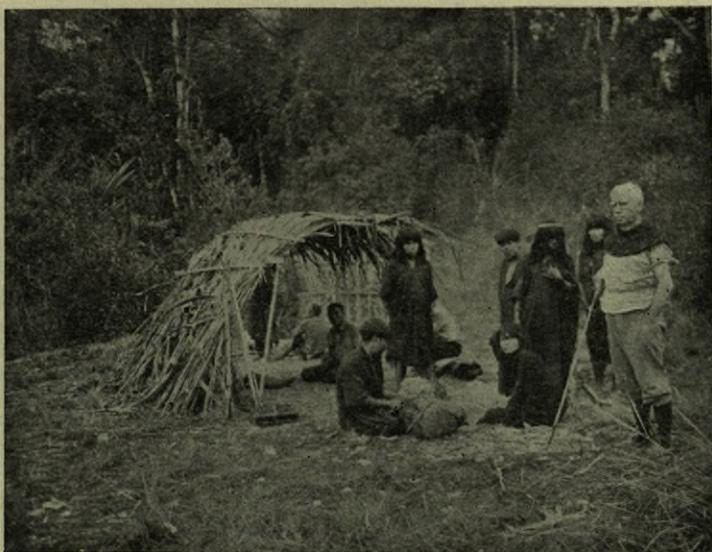
#### EN EL CORAZON DE LA SELVA

Es imposible imaginarse la labor de Monseñor Irazola sin situarle en su medio ambiente. El Vicariato Apostólico de Ucayali comprende una extensión de 190.000 kilómetros cuadrados, treinta veces más que las Provincias Vascongadas. Exceptuando unas pocas ciudades, lo restante lo componen bosques sin explorar, habitados por tribus semisalvajes, en algunos de cuyos territorios, europeos codiciosos y explotadores—exceptuando casos honrosos—se dedicaron principalmente al negocio del caucho. Su conducta moral nada recomendable y el trato inicuo dado a los indígenas, impedían notablemente la propagación de la fe católica.

Sin medios expeditos de locomoción, sin caminos transitables y con los peligros del veleidoso Ucayali (de 1.250 kilómetros de curso) y de sus inmensos afluentes, se dificultaba más la evangelización de las pequeñas tribus, escondidas en los antros de las selvas y no siempre con intenciones pacíficas.

Monseñor Irazola había aguzado su vista y su oído en la selva como un indígena. Había atravesado, en interminables y agotadoras jornadas, las leguas inmensas de su Vicariato, formando personalmente o dirigiendo y estimulando la fundación de las Misiones de San Ramón, Satipo, Gran Pajonal, La Merced, Pucallpa, Atalaya Puerto Ocopa, Ocamapa y Villarrica.

Conservamos un breve diario de la más arriesgada de sus expediciones. En él se advierten su valor hasta la temeridad, su celo



Monseñor Irazola, remagado en un descanso de sus exploraciones, rodeado de una familia de Campas.

apostólico y la fatiga de unos viajes sin los suficientes medios de locomoción y de transporte, con la ausencia de unos buenos guías tribus que, en distintas ocasiones, habían matado o herido gravemente y de una adecuada defensa armada contra las asechanzas de las tribus que en distintas ocasiones habían matado o herido gravemente a misioneros y paisanos.

En la imposibilidad de darlo íntegro, espiguemos sus más interesantes renglones:

“Estaba yo en Quintipiriqui, en 1912, cuando planeé y decidí la expedición por el Apurímac con salida a los barrios civilizados de Pampahermosa, expedición que, francamente, consideré más de una vez un tanto arriesgada.”

No podía disimularlo; los Misioneros que antes de él habían intentado esta excursión fueron asesinados por los salvajes. Además, tenía que transitar por Pangoa, tristemente célebre lugar, donde en 1896 los campas atacaron a la cristiandad, teniendo que defenderse a tiros los misioneros y paisanos, obligando a los indígenas a la retirada y levantando la cristiandad en vista del continuo peligro que su vecindad con los campas, vengativos hasta la saciedad,

ofrecía. Desde entonces los campos de Pangoa se habían divorciado del consorcio con los misioneros.

“Al hacerse pública la noticia del viaje, hubo mucho entusiasmo entre los colonos y neófitos de la misión; pero no tardó en correrse la voz de que los campos de más abajo eran hostiles y muy bravos y que estaban armados. De donde resultó que el día señalado para emprender la expedición, a la misa que celebré por el buen éxito de la misma no se presentó nadie. Todos se habían escondido en el bosque para no verse obligados a acompañarme. Al día siguiente, 26 de septiembre de 1912, sólo se presentaron el serrano Antonio Casas y un negrito llamado José. Resuelto a todo, acompañado de los dos, me lancé río abajo sobre una balsa. Felizmente, en un caserío próximo, el curaca llamado Huati y dos campos más, resolvieron acompañarme.”

A los tres días de navegación se encuentran con la primera tribu de campos,

“quienes al vernos llegar, se corrieron al bosque a ocultarse y observar nuestros movimientos, ver la calidad de la presa y la dificultad de la empresa que se les presentaba, para según eso, armarnos una celada o dejarnos pasar tranquilamente.”

Huati debuta como diplomático y arregla el espinoso asunto. Vadean el peligroso rápido del Ené. Los campos que encuentran en el camino, asombrados de su arriesgada hazaña, les disuaden de su empresa, dada la ferocidad de las tribus vecinas.

“Al día siguiente, 4 de octubre, llegamos a divisar a gran distancia una serie de chozas levantadas a lo largo de la orilla izquierda del río. Ya más cerca, pudimos observar que los hombres, puestos en círculo, gesticulaban y gritaban, corriendo luego a sus chozas y saliendo armados, en son de guerra, con arcos y flechas. Algunos se parapetaron detrás de los pedrones de la orilla, otros treparon a las pequeñas prominencias que dominan el cauce del río, y las mujeres y gente menuda se escondió en el bosque. La lucha parecía inevitable; trance doloroso para mí, que quería pasar en son de paz por aquellos lugares. Así se lo dije a Huati, pero a éste se le había encendido la sangre y no estaba para escuchar palabras de paz.”

Consiguen atracar las canoas y ocultarse antes de que disparasen sus flechas los amenazadores campos. Siguen su excursión bañándose en más peligros y peripecias. En la confluencia del Enne y Perené emergen otros grupos armados de carabinas. En la boca del Pangoa surgen nuevos amenazadores grupos que, cruzando dos piraguas a lo ancho del río, les impiden el paso. Consiguen aplacarlos al conjuro de unas cuantas baratijas. Aquí Huati y sus tres campos vuelven a su hogar, dejándoles en manos de los pangoanos que seria-



Un alto en la abertura del camino de herradura, el P. Irazola descansa a una con haceros. A la izquierda se adivina la silueta del camino entre brozas y arbolillos.

mente se comprometen a acompañarles. Pero muy pronto, con la excusa de que su itinerario se halla plagado de tribus enemigas, abandonan al Misionero y a sus dos compañeros.

“Todas mis instancias fueron inútiles, y después de habernos indicado con muchos gestos y ademanes la ruta que debíamos de seguir por tierra para llegar a Satipo, a eso de la media noche, descargando todos los víveres que traíamos en las canoas, se fueron río abajo, dejándonos abandonados.”

Se puede imaginar el estado de ánimo de los tres expedicionarios, a media noche, en medio de una selva enmarañada, expuestos a mil alimañas y ataques de salvajes. A la mañana siguiente, cargando con los bultos—el P. Irazola llevaba hasta una arroba—continúan su desconsolada expedición. Desaparece el negrito y se oye un tiro; creen que le han matado, pero afortunadamente aparece ileso. Se mueren de sed, llegan a la orilla del río y tienen que desistir de su ilusión de beber, pues hay indios chunchos amenazadores en la otra orilla. Se extravía Casas durante la noche. Se desconciertan los dos, llaman a gritos y dan con Casas a la mañana siguiente.

Llegan a Río Negro, se internan en una aldea donde les reciben

hombres y mujeres en son de guerra; la mediación de un buen hombre aleja su fiebre guerrera. Uno de ellos se compromete a acompañarles hasta Pampa Hermosa, pero también les abandona. Dos días de caminar, solos y desorientados, y llegan a Pampa Hermosa el 11 de octubre,

“pero tan extenuados de fuerzas y con tal agotamiento de nuestros cerebros, que a ratos creíamos desvariar.” (2)

Hemos seguido paso a paso esta relación escrita de Monseñor Irazola para imaginarnos los poemas de valor y de apostolado que, inéditos, se habrá llevado a la tumba. Cincuenta años de vida misionera, en contacto continuo con la selva y sus feroces moradores. Llegaba a tanto su celo, que a los setenta años y renunciando a su cargo de Vicario Apostólico, se confunde con los simples misioneros para organizar nuevas expediciones, hasta su muerte acaecida en un alto en plena excursión.

Por su excepcional importancia señalamos la del Gran Pajonal, cediendo la pluma a un íntimo amigo del Padre Irazola.

“Pasaron varios años consolidando y afianzando la obra evangelicadora y civilizadora en los ríos Satipo, Pangoa y Perené. Puerto Ocopa era pueblo fronterizo. Al Norte, como línea de frontera, las aguas del Perené y una elevada y selvosa serranía. Abrazado por el Perené, Tambo, Ucayali, Pachitea y Pichis—como una verdadera península—, un extenso y dilatado triángulo con varias decenas de millares de kilómetros cuadrados de tierras buenas, ricas en pastos naturales y en bosques de variadas y preciosas maderas, con insospechadas riquezas en sus ríos, torrentes y cerros y con un clima sano y templado de los mejores, sin ninguna duda, de la Montaña del Perú. Todas son tierras de campas, paganos y libres que no han podido ser dominados desde la rebelión de 1742. Enclavado en ese grande triángulo el Gran Pajonal, temido y legendario, Monseñor Irazola quiso incorporar a la Religión y a la Patria tan codiciables regiones junto con las numerosas gentes que las pueblan.

En el mes de junio de 1935 llevó a cabo su proyecto, acariciado desde hacía muchos años. Sus años—tenía ya 66—no le arredraron. El corresponsal de la United Press escribía en *El Comercio* del 26 de ese año: “fieles noticias precedentes de Puerto Ocopa dan a saber que hace ya unos 15 días, Monseñor Irazola, Vicario de las Misiones del Ucayali, se halla internado, con otros misioneros del Convento de Ocopa, en el Gran Pajonal. Cuando salga Monseñor

---

(2) MONSEÑOR FRANCISCO IRAZOLA: «Una exploración difícil.—De Quintipiripí a Pampahermosa», en «Retazos de una Historia». Colección Descazcos, n. 1. 2.<sup>a</sup> ed. Lima, 1944, pp. 50-53.

Irazola, si es que puede salir, habrá dejado puestos en lugar sano y apropiado los cimientos de un nuevo pueblo en esta intrincada y feroz región, escribiendo así otro trazo bien rasgado y notable en la historia de las Misiones... Cuando el Convento de Ocopa fija su vista en una región, desde este momento puede considerarse como que ha ensanchado el territorio de la Patria."

No desentonarían aquí unas cuantas apreciaciones y juicios halagüeños de la Prensa peruana en torno a la arriesgada expedición de Monseñor Irazola, como tampoco algunos juicios críticos y hasta grotescas caricaturas de la Prensa liberal, pero urge la brevedad y ceñimos nuestra relación.

"No se engañó el avisado periodista. La exploración se realizó con felicísimo éxito. Y las dificultades eran muy notables. La empresa era dura y difícil. Hallaron grupos de campas indómitos y fieros. En algunos sitios encontraron pasos estratégicos mañosamente defendidos con puntiagudas estacas de chonta clavadas en hoyos hechos en la senda y muy hábilmente disimulados con ramillas y hojarasca.

El P. Amich hace dos siglos escribía: "Los cerros que circuyen el Pajonal son de difícil ascenso". Y el P. Salas, siglo y medio después, añadió: "Se notan unos barrancos inmensos cortados a pico, sin ninguna vegetación, como si fuesen unas altísimas murallas hechas de ladrillo, y este fenómeno aparece por todas partes, de modo que el viajero tiembla al pensar que tiene que escalar semejante fortaleza *que rodea por los cuatro vientos la región del Gran Pajonal*".

El Gran Pajonal era una esfinge sugestiva, misteriosa, una reclamo para aventureros armados, pero no presentaba un simpático cariz para un inerme misionero de 66 años, años de febril agitación y de agotadoras excursiones. Pero Monseñor Irazola tenía la fe de un cristiano y la constancia de un vizcaíno, y trepó al legendario Pajonal.

"Puerto Ocopa se halla a 400 metros sobre el nivel del mar. Una legua más al Norte ya se halla uno a más de 1.200. Después vienen los ríos Cubinari, Shimaki, Pakitsari y Unini con gargantas que se hundan hasta los 1.000, 800 y 600 metros. Por ahí hizo la entrada el anciano Obispo franciscano. Se fué avanzando al estilo campa, subiendo y bajando de frente, sin rodeos, descolgándose por los despeñaderos, agarrado a las raíces y a las puntas de las rocas, pasando los furiosos torrentes sobre rústicos puentes de troncos amontonados, a veces casi podridos, o vadeándolos con el agua a la cintura. Tiene uno que haber recorrido esos lugares y haber sentido en la propia carne el sufrimiento terrible de esas expediciones para comprender el sublime ejemplo de heroísmo, de patriotismo y de re-

ligiosidad —sin igual en nuestros días en la Amazonía del Perú— que ha dado ese esforzado misionero de Ocopa a la faz de la nación peruana. El recorrido por tierras inexploradas desde la salida de Puerto Ocopa puede calcularse en casi 200 kilómetros, todo a pie y con las mochilas sobre los hombros. Después de haber realizado una de esas exploraciones por tierra, se ríe uno de todas las expediciones fluviales, por malas que ellas sean”.

La solicitud y el valor de Monseñor Irazola no fueron una simple lección de montañismo. Se corría el velo del temido Pajonal y entraba en él la fe, la cultura y la renovación social. A tan amargos sudores correspondía una tan ubérrima realidad.

“Frutos inmediatos de la exploración al Gran Pajonal: Fundación de tres puestos Misioneros en la temida región pajonalina: Santa Cruz, Monte Tabor y Oventeni; pacificación y comienzo de la evangelización de los indomables y temidos campos, shimakisatis, pautitatis, uvenisatis, shimpisatis, etc.; construcción en el mismo corazón del Gran Pajonal de un hermoso campo de aviación; apertura de un camino de herradura de más de 70 kilómetros con un puente de cables de 50 metros de luz; ensayo de colonización con familias de la sierra; introducción de un buen número de cabezas de ganado vacuno —llegan casi a centenar y medio— lanar, asnal, mular y caballar, de los cuales el de la primera clase va dando hasta ahora excelentes resultados” (3).

Larga ha sido la cita pero resulta todo un hermoso poema de una larga hazaña, inédita para nosotros, mediante la cual Monseñor Irazola convertía en carne rosada el cáncer de un pueblo ayuno de la fe y de la civilización más elemental. Perú se curaba de su parálisis parcial.

Si Irazola se hubiera apellidado Livingstone o Stanley y fuera tan bien respaldado como ellos con el apoyo económico de las grandes rotativas, el libro de sus proezas hubiera pasado de mano en mano. Pero él era un sencillo vizcaíno y un humilde franciscano y sus hazañas de la selva han burlado las páginas de la historia.

Su amor a la selva y a sus inconstantes moradores no era el amor y el desvelo del científico que trata de definir la edad de las diversas capas geológicas o la afinidad de las plantas o de los animales. Era el afán de un espíritu compasivo por católico, que anhelaba llevar a las tribus salvajes la cultura de su religión y las ventajas de una inteligencia cultivada. Amaba a las selvas y al río porque

---

(3) SAIZ (Fr. Odorico) O. F. M. «Últimas expediciones de los Misioneros Franciscanos en la Montaña», en Colección Descalzos, n. 5, pp. 109-111. Lima, 1943.

trataba de convertir cada árbol en una cuerda de lira que resonara con el nombre de Dios, y cada corazón indígena en un vaso lleno de Dios. Era la suya una ciencia viva más que teórica.

Con razón se ha podido escribir:

“Monseñor Francisco Irazola, desde sus primeros años de misionero en la Montaña, realiza importantes exploraciones hasta los ríos Purúa, Yurúa y Yavari. Han sido sobre todo de alto interés nacional y religioso las efectuadas por sí o por sus Misioneros Descalzos por los ríos Apurímac, Perené y Tambo, y por las regiones de Satipo, Puertó Ocopa y Gran Pajonal. La última en 1935, a los 66 años de edad, por ásperos bosques, altos cerros y profundísimos barrancos. Nadie en el Perú, en los últimos años, ha hecho otra semejante” (4).

#### UNA VENA DE ORO

Si grande era la tenacidad y empeño de Monseñor Irazola en la realización de los trabajos ya planeados, no era menor su estrategia de soñador de grandes realizaciones. Se necesita un espíritu de titán para concebir y llevar a cabo el camino de herradura de 275 kilómetros desde el valle de Jauja hasta Oventeni, en el corazón del Gran Pajonal, y el primer centenar de kilómetros de la carretera de 200 desde Concepción a Satipo.

No fué monseñor Irazola un simple contratista: fué un obrero más de pala y picachón. Las dos obras se llevaron a cabo atravesando tupidos bosques, sorteando imponentes barrancos, lamiendo ríos y afluentes desbocados, deslomando montes y enderezando cañadas. No se podía soñar en barrenos y perforadoras eléctricas para la empresa, en tractores o camionetas o en casas prefabricadas para los obreros. Había que contentarse con la pala y el picachón, con el rancho de campaña y con el dormir al aire libre o en miserables cabañas.

Escribe un testigo y protagonista:

“Sólo Dios sabe los sufrimientos y miserias que pasaron los misioneros haciendo vida de Robinsones durante los tres años que duró la apertura del camino. Los campamentos eran, *sui generis*, a estilo campa o salvaje, sin más tienda de campaña que unas chocitas formadas con unas cuantas hojas de palma, y sin otra cama que el húmedo suelo con la simple frazadita.

¿Comida? Mal anduvieron casi siempre de recursos bucólicos los

---

(4) «Retazos de una Historia». Colección Descalzos, n. 6. pág. 46. Lima, 1944.

improvisados *sacha-ingenieros* (5); y consideraban opíparo banquete, y era como día de fiesta, cuando la buena suerte les deparaba alguna ave, algún mono u otra alimaña salvaje...

Cuando sobrevenían aguaceros y tempestades (cosas ambas muy frecuentes en la montaña), como las hojas del *humiro* con que cubrían las chozas, servían más para defenderse de los rayos del sol que de la lluvia, se veían muy pronto empapados y calados hasta los huesos; y si esto acontecía durante la noche, tenían que pasarla sentados, no pudiendo ni aun secar sus ya casi podridas ropas, por la imposibilidad de encender fuego.

Agréguese a todo esto el calor húmedo, continuo y enervante; las fiebres y llagas originadas por el andar diario por entre ciénagas infectadas; la mordedura de los vampiros, la comezón desesperante que produce la *japa* o *isanguí*; la picazón de los tábanos, mosquitos, zancudos y mantablanca; el hurgar punzante de la *mirunda* o *shute* y de la garrapata, además de las caricias de las avispas y de las diferentes clases de hormigas, a cual más voraces, y se tendrá idea aproximada, aunque muy vaga, de los sacrificios que le cuesta al misionero la apertura del camino "Pampahermosa-Puerto Ocopa.

Contra todos estos imponderables se realizó el camino, venciendo también la trama insidiosa de la calumnia que, por medio de la prensa liberal, insultaba y ridiculizaba al heroico evangelizador, achacando a egoísmo y ventaja temporal cuanto desinteresadamente llevaba a cabo en pro de la Religión y de su adoptiva patria peruana.

Si alguno de los braceros no trabajaba por amor, tenía que hacerlo siquiera por seguir su ejemplo. Con el hábito remangado hasta la cintura, con los brazos desnudos, un pantalón kaki y unas alpargatas viejas se confundía entre los peones. Era uno más de entre ellos, sin más privilegios que su espíritu elevado y el amor a una empresa que creía tan beneficiosa para la expansión de la fe como para la civilización de sus tan amados campos.

Un comunista convertido podía hacer esta preciosa confesión: "¡Desgraciado de mí! Yo fui uno de los que acusaron a Monseñor Irazola de ladrón y de especulador en la construcción de la carretera y colonización de Satipo, siendo así que debiera haberme bastado mirar su pobre hábito y sus zapatos rotos para darme cuenta de que era más pobre que yo" (7).

(5) Significa: *ingenieros del bosque*.

(6) GRIDILLA (P. Alberto) O. F. M. «Los Campas». Colección Descalzos, n. 4. pp. 51-78. Lima 1942.

No es ningún problema el explicar la existencia de salvajes en pleno siglo XX, dada la extensión de estas selvas vírgenes y su completa inquina hacia toda civilización. Sus padres habían matado a los misioneros que allí se acercaran, y la falta de vías de comunicación hacía imposible el llegarse a sus dominios por el puro placer de ver una jungla.

El siglo XVIII los misioneros franciscanos habían conseguido erigir cristiandades entre los campos del valle de Chanchamayo y del Gran Pajonal. Pero un indio culto, Juan Santos Atahualpa, se declara Rey de los campos que le siguen ciegamente. Fracasó el Gobierno en su intento de reducirlos y formaron un cuerpo aparte. En vano se acercaron los misioneros durante los siglos XVIII y XIX; los indios mostraban una actitud amenazadora e irreductible.

Uno de los misioneros, el P. Gridilla, ha trazado un vivo retrato de los campos. Amigos del *mazato*, alimento y bebida en una misma pieza, lo beben hasta la borrachera en sus frecuentes bacanales. Sus bailes —imprescindibles— son monótonos y aburridos, pero llevan el marchamo de una antigua tradición. Son entusiastas de la caza y de la pesca, que las practican con la escopeta y las flechas, con las que adquieren una asombrosa puntería. Por menos de nada se desembarazan del vecino mediante un certero hachazo. Hasta las mujeres —no raras veces— se desembarazan del niño llorón aplastándolo contra la pared.

No gustan de permanecer mucho tiempo en el mismo lugar, aman la vida nómada. Exceptuando a los Jefes, el campo es monógamo, ocupando entre ellos la mujer un puesto secundario, pero sin llegar a ser esclava. Viste una sencilla manta *cushma*. “No es ladrón, pero en cambio es indolente, lujurioso, ingrato, sanguinario, cruel, insensible a la desgracia ajena, y conculcador de los deberes de la piedad filial” (8).

Se pintan todo el cuerpo; adórnanse las mujeres con largos collares, son desaseados y no se quitan ni lavan la *cushma* una vez que la ponen; su pronunciado sensualismo les envejece prematuramente: a los cuarenta años son ya decrepitos. Las madres no abandonan a sus hijos por un momento hasta que puedan caminar por sus propios pies; los huérfanos son vendidos por la tribu, que los considera malditos. En cambio, los hijos abandonan muy pronto a su madre, la insultan y la desprecian fácilmente. En su aspecto religioso, el campo es bastante refractario a la religión y solamente

---

(7) URIARTE, o. c., p. 5.

(8) GRIDILLA. I. c.

tras una labor pacientísima se logran formar entre ellos algunas familias cristianas.

Entre ellos se desarrolló en gran parte el ministerio del Padre Irazola. Se encontró mil veces con ellos en sus excursiones; para unirlos a la vida civilizada proyectó y llevó a cabo sus caminos de herradura. De ellos se sirvió también, a pesar de su nativo horror al trabajo ordenado, para sus empresas, ya en concepto de guías, ya como braceros.

Era tan familiar en su trato con los campas y los indios quechúas, que

“cuando con sus setenta y tantos años se veía precisado a viajar muy de madrugada sobre un camión abierto como si fuese un costal, apretado entre indios e indias quienes la única consideración que le guardaban era gritarle: “Taita, taita, no nos pises”; y a los que el bienaventurado de Monseñor se contentaba con decir mansamente: “Aquí no más, aquí no más; ya estoy bien”, poniéndose a continuación a charlar amigablemente con todos ellos, hasta el fin del viaje, para despedirse luego agradecido de la compañía y por lo bien que habían viajado” (9).

Solamente con este amor al indígena y con un ambiente tal de sacrificio fué posible realizar una obra tan gigantesca. Su tenacidad logró desbrozar toda suerte de dificultades con la misma constancia que talaba árboles o desbrozaba espinosos senderos.

El historiador de las Misiones franciscanas del Perú, tras de haber delineado las dificultades de la obra del P. Irazola, concluye:

“No obstante todo esto, el P. Irazola, animado de un gran espíritu de empresa, hermanado a un tacto de gente sagaz y delicado, intentó la realización de esta obra colosal” (10).

#### LA SELVA ESTUDIADA

No fué el P. Irazola un científico de la selva. La amó por su contenido espiritual, pero su carácter eminentemente práctico no pudo entretenerse en esa otra labor de paciente estudio de la flora y de la fauna.

No obstante fué él, entonces Vicario Apostólico, quien palpando el éxito obtenido por la aportación franciscano-peruana a la Exposición Misionera Vaticana de 1925, proyectó un nuevo Museo Misional permanente de la selva. El Museo es hoy una espléndida

(9) URIARTE, o. c., pág. 3.

(10) IZAGUIRRE (Fr. Bernardino) O. F. M. «Historia de las Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la Geografía en el Oriente del Perú». Pág. 353-354. XIV tomos. Tomo XII. Lima, 1922-1927.

realidad. En 1943, con motivo de la Exposición Amazónica Nacional del Perú, fué la Sección franciscana una revelación para el gran público, que no tuvo palabras dignas para ensalzar la paciente labor de estudio y clasificación de la flora y fauna amazónicas, presentada por los Misioneros.

Consta, principalmente, de una parte del estudio de la fauna amazónica, "al decir de los entendidos y técnicos, lo mejor que se conoce sobre la fauna de la Montaña. El resto de la parte franciscana lo forman las Subsecciones: *Histórico-misional*, en llamativos y detallados mapas, cuadros de Misioneros, tablas estadísticas y cuadros fotográficos explicativos de la acción misionera franciscana en la Montaña del Perú por más de tres siglos y de la no menos admirable que van realizando las Religiosas Misioneras; *Etnográfica*, con típicos vestidos y ajuares domésticos de las varias tribus infieles que pueblan el Vicariato del Ucayali; *Cartográfica*, con los numerosos planos y mapas trazados por los Misioneros, de las regiones por ellos exploradas y evangelizadas; y *Bibliográfica*, con una notable colección de manuscritos, libros y folletos, escritos todos por los Misioneros, sobre geografía, etnografía, historia y lenguas indígenas" (11).

El carácter del presente ensayo nos ha obligado a esbozar, nada más, la figura de Monseñor Irazola, tan lleno de interés bajo distintos aspectos. Quisimos, por no parecer exagerados en nuestras apreciaciones, servirnos de las relaciones de testigos que conocieron íntimamente al P. Irazola y fueron sus compañeros de expedición.

(11) SAIZ (FR. ODORICO) O. F. M. «Reseña Histórica y Estado actual de la Provincia Misionera de San Francisco Solano del Perú», p. 22. Lima, 1945.

